SANTANDER

Germán Arciniegas

I

Muy lejos de la capital del Reino, en la Provincia que entonces estaba todavía resentida por el alboroto de los comuneros, nació hace doscientos años Francisco de Paula Santander. Tenía sangre de india y blanco. En la frontera de la Nueva Granada y Venezuela. Estaba destinado a cruzar la raya entre la colonia y la república. Le enviaron a Santafé al Colegio de San Bartolomé. Estudiaba leyes cuando estalló la revolución. Se salió del Colegio y pasó al ejército. Era su destino: vivir entre dos mundos, para llegar a fundador de la república. Ahora, cuando celebramos los 500 años de ser americanos, encontramos que en esta tierra no se ha dado otro hombre más completo que éste a quien debemos la naturaleza de una vida civil al salir de la dependencia española. Un soldado que reconociera el poder y la gloria de las armas que le habían dado independencia a la república y las ponía al servicio de la ley que le daría la libertad. Era su fórmula. Fue su juramento y su lección. Con ese espíritu pasó todas las fronteras que tuvo por delante desde que nació de india y blanco, entre Nueva Granada y Venezuela, entre la provincia y la capital, entre San Bartolomé y el cuartel y frente al Libertador en el diálogo que vino a ser la gran polémica en el nacimiento político de Colombia.

"Las leyes os darán la libertad", decía con un acento que ha parecido fanático a sus adversarios que lo llaman leguleyo y no se dan cuenta de lo que significaba la ley cuando nació la república. Ni ahora mismo. Entonces se hablaba del altar de la Patria y el culto de la ley, para contraponer lo que iba a ser la gran obra de los representantes de Pueblo como contrapartida a las órdenes que venían firmadas: "Yo el Rey", desde el otro lado del mar. Aquí nacía la esperanza en la representación del pueblo, en la Asamblea elegida con la mayor pureza posible. Era el ideal. Un proceso de educación que implicaba el esfuerzo más grande, el compromiso, el desafío de los fundadores de la república.

En 1820 recibe Santander en Cúcuta el gobierno de Colombia que se inicia con una guerra internacional. Tendrá que llevar sus ejércitos hasta las remotas tierras del Alto Perú. La última batalla será en el Rincón de los Muertos, a 4.000 metros de altura, en una montaña que sigue siendo muy distante para nosotros. Tendría Santander que atender a que esas tropas estuvieran servidas desde Bogotá y enviar hasta los clavos para las herraduras. Y en el remoto Ayacucho, colombianos, venezolanos, quiteños, dieron la batalla con los peruanos y al mando de Sucre y Córdoba la ganaron. Cuando se liquidó la cuenta, el cincuenta por ciento de la deuda se cargó a la cuenta de Colombia chiquita. El total a la Colombia de Santander... Sólo esa guerra excedía la carga natural que podía echarse sobre un gobernante. Pero Santander entendía que su misión era la de superar la obra colonial en todas sus dimensiones. Hacer un Estado sobre esa colonia sin caminos, ni escuelas, ni hospitales, ni hacienda, ni acueducto, ni puerto... lo que dejaban las memorias de los Virreyes de mala memoria. Lo de la guerra para echar a los españoles no era sino para limpiar el terreno para construir. Ya el de la Nueva Granada estaba libre y comenzó.

Haciendo escuelas, universidades, normales, academias, museos, en Nueva Granada, Venezuela, Quito, para hombres y mujeres; multiplicando maestros por el sistema de Lancaster, estudiando la explotación de las minas, pensando en abrir el canal de Panamá, revolucionando los sistemas, reviviendo lo de la Expedición Botánica, hizo su gobierno. Había afán y optimismo en el nacimiento de la república, natural en quienes se liberan e independizan. Es lo que se desprende de unas proclamas que vuelan sobre las miserias del momento. Un momento de luz en estos 500 años de la historia de América.

II

Santander y Lafayette

El 2 de abril de 1830 cumplía Santander 38 años. Era un desterrado. Estaba en Francia. Venía de Alemania y seguiría para Inglaterra. La víspera había visitado la fábrica de porcelana de Sevres y en la noche asistido a una comida donde el Barón de Rothschild. El granadino se movía con desenvoltura y nobleza entre 24 personas de la más alta distinción. El señor Martignac, sentado a su lado, había sido Ministro del Interior. El Conde Roy seis veces Ministro de Hacienda. Estaba también el Vizconde de Itabibuya, Ministro Plenipotenciario del Brasil y el hijo del Mariscal Soult. La viuda hija del Mariscal Souchet y la mujer del conde Laborde. El 2, día del cumpleaños, viernes, no se sentía bien. El sábado fue con Rivadavia a visitar el gabinete de historia natural en el jardín del rey. En su diario hace una descripción minuciosa de los esqueletos de animales traídos del Africa, las colecciones de minerales, las salas donde encontró los bustos de los grandes natura-

listas. Así va siguiendo en su diario con anotaciones de una vida de peregrino insaciable que no deja rincón de Francia, Alemania, Bélgica, Inglaterra, Italia, donde no se detenga a visitar un museo, ir a teatro, asistir a conferencias, tomando apuntes veloces en un ansia de beber cultura que no lo abandona un minuto. El 21 de julio anota: "La gaceta de la ciudad anuncia mi llegada y habla de que Bolívar había salido de Bogotá para Cartagena decidido a abandonar a Colombia. He visitado a la institución fundada por los francmasones para los hijos de uno y otro sexo. Hay en ella 40 actualmente, todos jóvenes. Se les enseña a leer y escribir, los principios de la religión, música, aunque de memoria y algún oficio como tejer medias de lana, hacer canastos, sillas, mesas y cualquier otra cosa fácil...".

Un día, a la salida del entierro del señor Salazar, en París, Santander se encuentra con el marqués de Lafayette. Para Lafayette la presencia de Santander desterrado fue un golpe tremendo. Había soñado con unos Estados Unidos de la América Española que fueran el contrapeso de los de la América Inglesa. Su participación en la creación de la democracia del Norte, le hacía pensar en todo un continente que, del otro lado del Atlántico, viniera a ser para la humanidad la fortaleza de una nueva creación política tal como Jefferson la había realizado en Filadelfia. Pero la del Sur, con alma latina, le daría un nuevo espíritu a las constituciones de la democracia. Su participación, decisiva al lado de Washington, se tenía, y había sido parte esencial para derrotar al Imperio Inglés. Su larga correspondencia con el primer presidente americano sigue siendo el gran testimonio de la amistad francoestadounidense. Lafayette trajo de Filadelfia los principios básicos de la Constitución Francesa y el texto de los Derechos del Hombre, se trasladó punto por punto de la americana a la de París. En el escritorio de Jefferson se redactó el texto que todos conocemos.

Al morir Washington quiso la viuda tender un puente de entendimiento con el genio de la independencia suramericana –Bolívar– y pidió a Lafayette ser portador de la medalla con el busto de Washington que la familia enviaba al hijo de Caracas. Era un testimonio excepcional de admiración. Lafayette escribió una larga carta a Bolívar, principio de su amistad con el Libertador, enviándole el trofeo. Por eso en el busto de Bolívar hecho por Tenerani aparece Washington sobre el corazón de Bolívar. El Libertador escribió a Lafayette con expresiones de desbordante gratitud. La amistad entre los dos quedó fundada sobre esta feliz coyuntura americana.

> Había afán y optimismo en el nacimiento de la república, natural en quienes se liberan e independizan.

Que ahora se abriera un abismo entre Bolívar y Santander, era para Lafayette un imposible moral y un obstáculo para su ideal democrático en la concepción universal de la política. No era suya sola esta idea. Como Lafayette lo pensaba toda la Europa liberal. Y el personaje a quien recibía Europa en estos momentos era ese Santander que tendría que regresar a Colombia para volver a unirse con el Libertador. Pensó ofrecerse como intermediario

para la reconciliación, y escribir una carta a Bolívar... La consultó con Santander, la escribió. Sería la coronación de su obra en América.

La carta de Lafayette llegó a Santa Marta cuando ya Bolívar había muerto. Es el más hermoso documento con que puede recordarse hoy al cucuteño ejemplar. Una carta para inventar la novela ideal de lo que pudo ser y no fue. Como pensaba Lafayette, y lo aceptó Santander, lo consentía Bolívar en Barranquilla escribiéndole a Urdaneta: "El no habernos arreglado con Santander nos ha perjudicado a todos...".

III

Santander y Monroe

Ya estaba para rendirse en Suramérica el Imperio Español, Colombia había declarado y ganado su independencia, pero quedaba por asegurarse el futuro de las colonias liberadas. Se temían nuevas acometidas de España, en un intento de reconquista, recuperada de la invasión napoleónica. Tenía el apoyo de la Santa Alianza, que agrupaba lo más fuerte del continente europeo. Bolívar volvía los ojos hacia Inglaterra, enemigo tradicional de España, que además querría desquitarse en América de la pérdida de sus colonias. En 1825 Bolívar escribía a Santander desde Cuzco: "Mil veces he intentado escribir a usted sobre un negocio arduo y es: nuestra Federación Americana no puede subsistir si no la toma bajo su protección la Inglaterra, por lo mismo no sé si sería muy conveniente si la convidásemos a una alianza defensiva y ofensiva... La Inglaterra no me podría jamás reconocer por jefe de la Federación, pues esta supremacía le corresponde naturalmente al gobierno inglés, por consiguiente, nada es tan verdaderamente imparcial, nada es tan generoso como este dictamen, pues que ninguna mira personal puede lisonjearme ni seducirme con él. Consulte usted al Congreso o al Consejo de Gobierno... Por mi parte no pienso abandonar la idea aunque nadie la apruebe".

En este punto Bolívar y Santander diferían radicalmente. La Cancillería en Bogotá venía orientando su política en el sentido de mover al gobierno de los Estados Unidos en lo que vino a ser la doctrina de Monroe, que en sus orígenes fue iniciativa colombiana del gobierno de Santander promovida por don Manuel Torres. Se produjo al mismo tiempo con el reconocimiento de la independencia de Colombia.

La idea colombiana consistía en pedir a los Estados Unidos la creación de una defensa continetal que impidiera la llegada de ejércitos de reconquista a la América Española. Don Manuel Torres, enviado de Colombia, tenía excelente posición social en Filadelfia, y a través de John Quincy Adams estableció contactos con el presidente Monroe. Logra el reconocimiento de la independencia de Colombia y el mensaje famoso que establecía lo que Colombia buscaba. Basta ver la enfurecida reacción del Ministro de España don Joaquín de Anduaga. Desconoce, en 1822, los triunfos republicanos en el Sur y dice: "La historia prueba suficientemente que si una provincia maltrecha y perseguida tiene derecho a romper sus cadenas, otras, colmadas de beneficios elevados al más alto rango de libertad, deben solamente bendecir y aproximarse más al país protector que les disputa tales favores". Se asombra que los Estados Unidos puedan proteger la insurrección de México, Chile, Buenos Aires o Colombia contra España que no ha hecho sino colmarlas de libertad y beneficios.

La cita de Panamá estaba destinada a reunir las Américas. Si Santander extiende la invitación a Estados Unidos no hace sino dar el paso natural para responder a la doctrina de Monroe que satisface lo que Colombia ha pedido. Ya los Estados Unidos miraban con desconfianza el posible surgimiento de otros Estados Unidos mucho más poderosos que los que ellos habían formado. Los sajones de entonces apenas llegaban al Mississippi y estaban muy lejos de tener un litoral sobre el Océano Pacífico. Cuando el Congreso de Panamá, México llegaba a California y unos Estados Unidos de la América Española hubieran sido no sólo varias veces más grandes que los sajones sino mucho mayores en población, riqueza, potencialidad de consumo.

La posición de Santander se fundaba en una opinión corriente a principios del siglo pasado, abandonada luego por los hispanoamericanos en beneficio de los saxoamericanos. En la misma forma en que se desvirtuó la doctrina Monroe hasta llegar a convertirse en el revés de lo que fue. Con toda lealtad lo dijo Alberto Lleras al echar las bases de la Organización de Estados Americanos en Bogotá restableciendo el sentido original que tuvo el mensaje de Monroe según lo quiso Santander y según lo buscó el primer ministro colombiano don Manuel Torres. Alberto Lleras dijo al crear la Organización de Estados Americanos:

"Ciertamente, la Doctrina Monroe preservó la independencia de las jóvenes repúblicas americanas, cuando fue proclamada por una de ellas, con capacidad para hacerla valer, por su ya notable poder físico. Los intentos de restauración o instauración de colonias en el suelo americano, sucedidos con persistencia hasta la proclamación de la Doctrina Monroe, no se repitieron. Pero subsistía un grave peligro. Las repúblicas latinoamericanas quedaron a merced del Estado protector, que no parecía mostrar menos interés en la creación de un imperio que las monarquías europeas. Sucesivos actos de fuerza ejecutados por los Estados Unidos, a algunos de los cuales deben su conformación geográfica presente, demostraron las tremendas posibilidades del nuevo imperialismo y la dificultad de hacerle frente...".